

hacer el ejercicio; tengo un fusil pequeño.» El granadero me decía que le mandara, y entonces yo exclamaba: «¡Presenten armas! ¡Tercien armas! ¡Armas al hombro!» Y el granadero hacía todos estos movimientos por darme gusto. Con-



Luis Bonaparte, padre de Napoleón III

cíbese cuál era mi contento. Queriendo demostrar mi gratitud, fuí á un sitio en que nos habían dejado bizcochos, cogí uno y volví á llevárselo al granadero, que lo tomó riendo.»

Satisfecha de los progresos de sus hijos y de la benevolencia del emperador, Hortensia estaba entonces contenta con su suerte. Mujer muy de moda, adulada por la alta sociedad francesa y extranjera, llevaba una existencia regia en París, en donde su palacio de la calle Cerutti era el punto de reunión de todas las eminencias de la política, de las letras y de las artes. Pintaba, cantaba y componía bonitas romanzas. Era una reina artista, amable, graciosa, seductora, que tenía amigos y admiradores en todos los partidos.

Mientras tanto el desgraciado Luis, rey sin corona, marido sin mujer, padre sin hijos, llevaba la vida más triste en su destierro voluntario. Cuando tuvo noticia del senadoconsulto de 15 de diciembre de 1810, en virtud del cual se



Hortensia de Beauharnais, madre de Napoleón III

constituía una dotación para él y para sus hijos sobre su tierra de Saint Leu en compensación de su trono de Holanda, escribió á la reina Hortensia: «Mi dolor y mi desdicha llegarían al colmo si pudiera aceptar la vergonzosa dotación que se me ofrece.... Te ordeno que rechaces hasta la menor parte de ese don vil y doloroso. Anulo de antemano todas las aceptaciones ó consentimientos que pudieras dar, ya por ti ó ya por mis hijos. Todas mis propiedades particulares quedan para tu usufructo y el de mis hijos, y te autorizo para entrar en posesión de ellas. Esto, unido á tus propios bienes, te bastará para vivir como simple particular: reina, esposa, madre, por todos conceptos, cualquier otro don te ofendería, y lo desaprobaba yo en todo tiempo y en todo lugar.»

Tan luego como empezaron los reveses para Francia, Luis quiso ofrecer sus servicios á su patria, y el 1.º de enero de 1813 escribió á su hermano: «Señor, acabo de ofrecer al país en que he nacido, y á vos en mi nombre, la poca salud que me queda y todos los servicios de que soy capaz, por poco que pueda hacerlo con honor.» Este ofrecimiento no fué aceptado. Viendo que la guerra estaba á punto de estallar entre Austria y Francia, Luis no quiso permanecer más tiempo en los Estados del emperador Francisco y el 10 de agosto partió para Suiza. Antes de salir de Gratz escribió una composición en verso en la que se despedía de aquella hospitalaria ciudad.

Luis había esperado que su hermano lo enviara otra vez á Holanda, en donde todavía inspiraba verdaderas simpatías. Pero Napoleón había dicho: «Preferiría que Holanda volviera al poder de la casa de Orange antes que al de mi hermano.» Los aliados habían entrado en Suiza: Luis salió de este país el 22 de diciembre de 1813 y llegó el 1.º de enero de 1814 á París, donde se alojó en casa de su madre. El 10 fué admitido á la presencia del emperador, gracias á la mediación de la emperatriz María Luisa. La entrevista fué fría y los dos hermanos ni siquiera se abrazaron. Luis vió otra vez al emperador la víspera de la partida de éste para ponerse al frente del ejército. El 16 de marzo le escribió las siguientes proféticas líneas: «Si V. M. no firma la paz, esté convencido de que su gobierno no tiene tres semanas de vida. Sólo se necesita un poco de sangre fría y de sano juicio para juzgar del estado de las cosas en este momento.» Luis permaneció en París desde principios de enero hasta el 30 de marzo, día en que siguió á Blois á la emperatriz María Luisa, á la que había dado inútilmente el consejo de no salir de París ni aun cuando entraran los aliados.

Hortensia era una mujer de carácter ardoroso, enérgica, apasionada y cuyo corazón palpitaba por todo lo militar y caballeresco. Con motivo de la invasión pensó y obró como verdadera patriota, y sus hijos, á pesar de su juventud, se asociaron á sus emociones generosas. A la primera noticia de la entrada de un ejército enemigo en territorio francés, quiso hacerles comprender cuánto debían lamentar semejante calamidad. Después de pintarles el país devastado, las cabañas quemadas, los campesinos sin alimento, los niños huérfanos, les preguntó si, no hallándose todavía en edad de pelear, querían al menos compartir con los desgraciados todo cuanto poseían. Los principitos ofrecieron en seguida sus juguetes, su dinero, todo cuanto tenían. Mlle. Cochelet, que refiere esta anécdota, añade: «La reina aceptó su sacrificio, pero lo hizo basar en una cosa que les fuera sensible todos los días y les recordara las desdichas del país con las cuales debían identificarse. Quedó convenido que, mientras hubiese guerra en territorio francés, no comerían postres. El príncipe Napoleón me lo hizo saber con una especie de orgullo: había hecho comprender á su hermanito Luis, que sólo tenía seis años, que eso de asociarlos á la desgracia común era tenerlos en algo.»

Si María Luisa hubiera participado de los sentimientos y de la energía de



María Luisa, archiduquesa de Austria, emperatriz de los franceses y reina de Italia
De un grabado de Lovis Rados, hecho en 1810
Dibujo original de J. B. Bossio (en el parque de Saint-Cloud)

Hortensia, habría salvado, ya que no la causa del emperador, por lo menos la del rey de Roma. «Hermana mía, dijo la reina á la emperatriz cuando iba á marchar á Blois, sabed que al salir de París neutralizáis la defensa, y así perdéis vuestra corona: veo, sin embargo, que hacéis este sacrificio con mucha resignación.» María Luisa contestó: «Tenéis razón, pero no es culpa mía, el consejo lo ha decidido así.» Hortensia replicó: «Quisiera ser madre del rey de Roma, y por la energía que demostraría sabría inspirársela á todos.»

La indignaba el desánimo de la opinión pública, y decía con amargura: «¿Es posible que un ejército tome tan fácilmente una capital? ¡Y estar el emperador tan cerca de aquí! Recuerdo que Madrid se ha sostenido algunos días contra nuestros ejércitos; hay mil ejemplos análogos, ¡y somos franceses!»

Era el 29 de marzo: el enemigo se acercaba; María Luisa acababa de salir de las Tullerías. Al saber Luis que su mujer y sus hijos no habían marchado aún, envió á decir á la reina que no olvidase que, tomado París, ella y sus hijos podrían ser detenidos en calidad de rehenes. A las nueve de la noche los carruajes se pusieron en marcha. La reina subió al primero con sus hijos; la condesa de Mailly, sub-aya de los príncipes, Mme. Bure y el conde y la condesa de Arjuzón ocuparon el segundo; Mlle. Cochelet estaba en el tercero, llevando consigo toda la fortuna de la reina, es decir, sus joyas. Como ya se había visto á los cosacos cerca de París, la reina, por temor de tropezar con ellos, había dado la orden á su correo de ir á bastante distancia delante de los coches y disparar un pistoletazo al aire si veía un enemigo, á cuya señal aquéllos retrocederían.

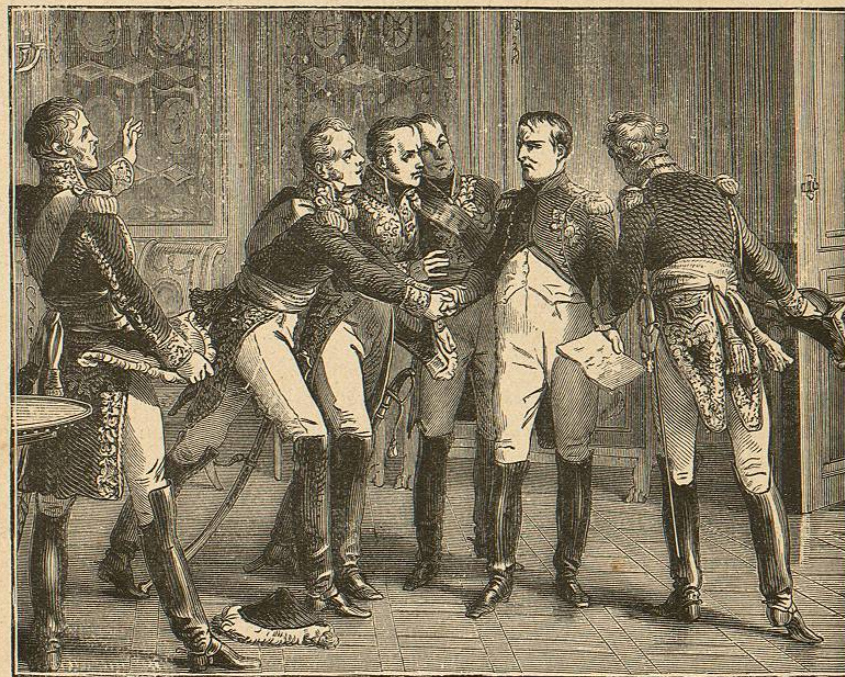
Hortensia no quería desesperar todavía, creyendo que Napoleón iba á aparecer como un salvador. Por esto decidió alejarse muy despacio y pernoctar en el Pequeño Trianón. Al día siguiente, 30 de marzo, el mariscal Moncey y un puñado de valientes defendían con heroísmo la barrera de Clichy.

Hortensia oía distintamente desde el jardín de Trianón todos los cañonazos que se disparaban en París. Cuando cesó la batalla y se firmó la capitulación, la reina se resolvió á continuar el viaje, llena de mortal angustia, y se encaminó primero á Rambouillet y luego al castillo de Navarra, cerca de Evreux, donde se reunió con su madre.

II

LA PRIMERA RESTAURACIÓN

Ha empezado la agonía del Imperio. Los aliados son dueños de París. Napoleón está en Fontainebleau; María Luisa y el rey de Roma en Blois; Josefina, Hortensia y sus hijos en el castillo de Navarra. El Senado ha llamado á los



Abdicación de Napoleón I

Borbones, y el emperador abdicado el 6 de abril por sí y por su dinastía. El 11, las potencias han firmado un tratado que confiere á Napoleón la soberanía de la isla de Elba, y otorga ventajas pecuniarias á los individuos de su familia, entre ellas una pensión anual de cuatrocientos mil francos para la reina Hortensia y sus hijos.

Hortensia cuenta con protectores entre los aliados: el príncipe Leopoldo de